



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. V - Nº 49 Mayo de 2022



*La gran intervención de María:
un nuevo Pentecostés*



San Atanasio – Basílica
de San Lorenzo,
Escorial, España

Gloria de fuego en la Historia de la Iglesia

En el tiempo del Imperio Romano, San Atanasio combatía a los arrianos con mucho vigor. Pero a cierta altura, el mundo entero se volvió arriano 'de la noche a la mañana', y ese Santo Patriarca de Alejandría quedó casi sólo en esa lucha, llegando a ser tan perseguido, que para evitar la muerte, no tuvo más remedio que entrar en la tumba de sus padres y vivir allí escondido.

Sin embargo, luchó contra todo y contra todos hasta que el Concilio de Nicea definió la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y en consecuencia, la Maternidad Divina de Nuestra Señora.

San Atanasio puede ser llamado la columna de la Iglesia. Cualquier terremoto derrumba una columna. ¡Pero, nada derrumbó a San Atanasio! Él tenía la gracia divina que lo ayudó. Dios ofrece la gracia a muchos, pero no todos corresponden. A este gran Doctor de la Iglesia, Dios ofreció su gracia, y él correspondió generosamente. Su nombre se quedó con una especie de gloria de fuego en la Historia de la Iglesia.

(Extraído de conferencia del 12/10/1985)

Sumario

Vol. V - No. 49 Mayo de 2022



En la portada,
Dr. Plinio en 1989

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición
brasileña y editada en
Colombia por PRODENAL
con las debidas autorizaciones
de la Editora Retornarei Ltda.
de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de
números anteriores, ir a:
[http://caballerosdelavirgen.org/articulo/
revista-dr-plinio](http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio)

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

4 *Que María anticipe un nuevo Pentecostés*



PIEDAD PLINIANA

5 *Entera y filial confianza
en Nuestra Señora*



DOÑA LUCILIA

6 *Altísimos pensamientos,
grandes panoramas*

GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO

8 *Llevaremos la lucha hasta la victoria*



DE MARIA NUNQUAM SATIS

20 *Antorcha ardiente de amor a Dios*



SANTORAL

24 *Santos de Mayo*



HAGIOGRAFÍA

26 *El Papa que libró una
batalla decisiva*



LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

30 *Flor y gloria de la Cristiandad - I*



ÚLTIMA PÁGINA

36 *La Virgen que trae consigo a la Santísima Trinidad*

Que María anticipe un nuevo Pentecostés

Durante el mes de mayo sentimos que se abre una protección especial de Nuestra Señora sobre todos los fieles. La alegría que ilumina nuestros corazones expresa la certeza generalizada de los católicos, de que el indispensable patrocinio de nuestra Madre celestial se vuelva aún más solícito y amoroso. Nos convida a una intimidad más acentuada con Ella que hace que, en todas las vicisitudes da vida, sepamos pedir con más respetuosa insistencia, esperar con más invencible confianza, y agradecer con más humilde cariño todo el bien que Ella nos hace.

María Santísima es la Reina del Cielo y de la Tierra, y al mismo tiempo nuestra Madre, a quien amamos por su propia gloria, por todo cuanto Ella representa en los planos de la Providencia.

Los hijos nunca están más seguros de la vigilancia amorosa de sus madres que cuando sufren. La humanidad entera sufre hoy en día de todos los modos posibles. Las inteligencias son golpeadas por el vendaval de la impiedad y del escepticismo; ideas borrosas, confusas, audaces, se infiltran en todos los ambientes y arrastran consigo no sólo a los malos y a los tibios, sino también a aquellos de quien se esperaría mayor constancia en la Fe.

Sufren las voluntades obstinadamente apegadas al cumplimiento del deber, con todas las contrariedades que les vienen de su fidelidad a la Ley de Cristo. Sufren los que transgreden esa Ley, pues lejos de Cristo todo placer no es sino amargura, y toda alegría una mentira. Sufren los corazones dilacerados por los horrores de las guerras, de las familias que se desintegran, de las luchas que arman por todas partes hermanos contra hermanos. Sufren los cuerpos diezmados por la ametralladora, enflaquecidos por el trabajo, minados por la molestia, abatidos por necesidades de todo orden.

Se puede decir que el mundo contemporáneo llena los espacios de un gran y clamoroso gemido. Entretanto, cuanto más sombrías se vuelvan las circunstancias y más punzantes los dolores, tanto más debemos pedir a Nuestra Señora que ponga término a tanto sufrimiento, no sólo para hacer cesar nuestro dolor, sino para mayor provecho de nuestras almas.

Dice la teología que la oración de María anticipó el momento en que el mundo debería ser redimido por el Mesías. En esta hora histórica, angustiados, volvamos confiados nuestros ojos a la Madre de Misericordia, pidiéndole que apresure la llegada del gran momento en que un nuevo Pentecostés abra rayos de luz y de esperanzas en estas tinieblas, y restaure por todas partes el Reinado de Nuestro Señor Jesucristo.

Para la gloria de Dios, deseemos grandes y muchas cosas. Pidamos a Nuestra Señora mucho y siempre. Lo que sobre todo debemos implorar, es aquello que la Sagrada Liturgia suplica a Deus: *Emitte Spiritum tuum et creabuntur, et renovabis faciem terræ*. Debemos pedir por intermedio de María Santísima, que Dios nos envíe en abundancia el Espíritu Santo, para que las cosas sean nuevamente creadas y purificadas, mediante una renovación de la faz da Tierra.

Confiemos a la Santísima Virgen este anhelo, en el cual va todo nuestro corazón. Las manos de María serán para nuestra oración un par de alas purísimas por medio de las cuales llegará ciertamente al trono de Deus.

En este Mes de María, hagamos nuestras estas súplicas referentes a las necesidades de la Santa Madre Iglesia: Para que os dignéis humillar a los enemigos de la Santa Iglesia, te rogamos, ióyenos, Señor! Para que os dignéis exaltar a la Santa Iglesia, te rogamos, ióyenos, Señor!*

* Cfr. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Mês de Maria* en "O Legionário", n. 563. 23/5/1943



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Entera y filial confianza en Nuestra Señora

Oh María Santísima, que nunca os negáis a acoger ningún pecador, dadnos la gracia de comprender que junto a Vos encontraremos el más seguro y suave refugio.

Os suplicamos, oh Madre, que de lo alto del Cielo descendan sobre vuestros hijos – transponiendo suave y victoriosamente capas espesas de pecado – vuestras bendiciones maternas.

Como los discípulos de Emaús al Divino Redentor, nosotros os pedimos que esas bendiciones permanezcan con nosotros, porque se hace noche sobre el mundo. A cada instante, a cada angustia y necesidad, ellas nos ayuden a mantener la más entera y filial confianza en Vos.

Madre y Señora nuestra, en esta emergencia, realizad por nosotros todo lo que de solicitud, desvelo, penetración psicológica y misericordia hacéis a los hijos que os piden con verdadera confianza.

Oh Madre, nosotros os amamos, en Vos creemos y esperamos. Imploramos vuestro perdón por los que no creen, no esperan y no os aman. Amén.

(Compuesta en abril de 1980)



Altísimos pensamientos, grandes panoramas

El espíritu de Doña Lucilia siempre se elevaba en reflexiones de un orden superior, al cual ella remitía todo lo que pasaba a su alrededor. Esto repercutía en una región muy alta de la realidad, inspirando altísimos pensamientos y grandes panoramas. Era el amor a Dios y a las cosas celestiales.



Archivo Revista

Muchas veces, a lo largo de la vida de mi madre, me pregunté cuáles serían las notas características de su espíritu y de su mentalidad. Entre tantas cosas que me agradaban, me encantaban y que yo veneraba, ¿cuál sería aquella que podríamos afirmar que constituía la nota máxima?

Amor a Dios y a las cosas celestiales

Llegué a la conclusión de que era cierta cualidad de alma por donde su espíritu sobrevolaba siempre por reflexiones de un orden muy elevado. No se sabía bien cuáles eran, pero se veía que estaban en un mirador muy

alto, puestas en Dios, que no se podía definir.

Y ella tenía esta cualidad: todas las cosas que sucedían, que pasaban a su alrededor, las elevaba; todo repercutía para ella en una región muy alta de la realidad, inspirando altísimos pensamientos y grandes panoramas.

Pero no como sería en el espíritu de una señora universitaria. Mi madre era una dueña de casa con el nivel de cultura de las paulistas de su tiempo, ni más ni menos. Era, por lo tanto, de un nivel casero. Pero la cuestión es que su alma volaba...

A veces yo llegaba a casa y ella estaba sola. Por ejemplo, rezando o leyendo algo, y percibía que su espíritu sobrevolaba en una región mucho más alta. Yo entraba, la agradaba y ella me decía: “*Filhão!*...” Bueno, ese es un agrado que cualquier madre hace a su hijo.

Para mi generación, yo no era un hombre muy alto, pero era alto. Como ella era bajita, era natural que me dijese “*Filhão*”. Como ella era pequeñita, yo le decía: “*Mãezinha*”.

La cuestión es dónde sobrevolaba su espíritu al decir eso. No tengo duda de que era en el amor a Dios, a las cosas celestiales, elevadas; y mi espíritu se encantaba. Eso era la nota de ella.

Por otro lado, nunca vi en Doña Lucília un gesto, una palabra, una acción, una mirada que no fuesen propios a despertar una abnegación entera, un afecto que se volvía normalmente hacia todo el mundo, de todos los modos, de todas las formas, y se extendía sin sentimentalismo, hasta los animales.

Una gata y sus gatitos

En una casa donde vivíamos había un garaje y al lado un muro cubierto por una enredadera. Nuestro muro era



Paulo Valente

empleada portuguesa, supe que la gata había tenido crías allí, y que las alimentaba a lo largo del muro.

Como yo ya había decretado la expulsión de todos esos felinos, mi madre dijo:

– Pobrecita de la gata, no va a tener dónde ir con sus gatitos...

No necesito decir que la gata ganó la partida, y yo perdí con delicias... ❖

(Extraído de conferencias del 1/6/1985 y 23/4/1986).

más bajo que el del vecino, de tal modo que formaba un borde donde el animal se podía acostar; un gato, por ejemplo.

Cierto día yo vi, en medio de aquellas enredaderas, algo que se movía, y constaté que era una gata.

En un primer momento no me interesé y no dije nada. Como el muro era visible desde el comedor, durante todas las comidas yo notaba aquel movimiento. En cierto momento dije:

– Mamá, ¿Ud. vio la gata?

– Sí, la vi.

– Es algo raro cómo esa gata se mueve en medio del follaje...

Mi madre no me dijo nada más y cambié de tema.

Muchos días después, por un dicho de nuestra

1) En portugués, aumentativo afectuoso de hijo.

2) En portugués, diminutivo afectuoso de mamá.



El Dr. Plinio en 1986

Archivo Revista



Llevaremos la lucha hasta la victoria

Algunos meses antes de su muerte, al narrar ciertos episodios de su vida, el Dr. Plinio afirmó: “Aún en mi infancia, sentí a la Revolución en pie contra mí como una hiena, y comprendí que la salvación de mi alma y el futuro de todo el mundo cristiano estaban en riesgo si esa hiena no fuese derribada: resolví entonces combatirla. Costase lo que costase, con la protección de Nuestra Señora, yo habría de luchar contra ella, y la Santísima Virgen me daría la victoria.”



Quando yo era niño, entre los siete y los diez años, había en mi cuarto, además de una estampa con el Sagrado Corazón de Jesús, un cuadro bonito representando a Nuestra Señora, no me acuerdo bajo qué advocación.

Dificultad con la devoción de Nuestra Señora

Pero mi devoción, debido al ejemplo de mamá, iba toda hacia el Sagrado Corazón de Jesús. Aunque yo la viese rezar también a la Santísima Virgen, por una especie de relación especial que ella poseía con el Divino Hijo suyo, Nuestro Señor Jesucristo, mamá me enseñaba a rezar mucho al Sagrado Corazón de Jesús. Ella hablaba menos de Nuestra Señora y del Inmaculado Corazón de María.

Y se formó en mí – niño dócil – un estado de espíritu en el cual yo tenía una especie de dificultad con la devoción a Nuestra Señora. Comprendía, lo encontraba bonito, pero tenía una especie de objeción contra eso. Una objeción de mal espíritu, porque en el fondo decía lo siguiente: “Se reza demasiado a Nuestra Señora. Se debería orar menos a Ella y rezar más a Jesucristo”, lo que me hacía rezar poco a Ella. Es una pésima disposición de espíritu.

Yo no sabía que la Santísima Virgen misericordiosamente me reservaba un camino especial en las vías de Ella, de tal manera que más tarde – en virtud de las circunstancias que voy a relatar de aquí a poco – mi vida acabó siendo un acto de devoción continua a Nuestra Señora y, por medio de Ella, a Nuestro Señor Jesucristo.

Los hechos sucedieron del modo más inesperado posible. En el Colegio San Luis donde yo estudiaba, los sacerdotes distribuían a cada alumno todos los meses, un boletín en el cual

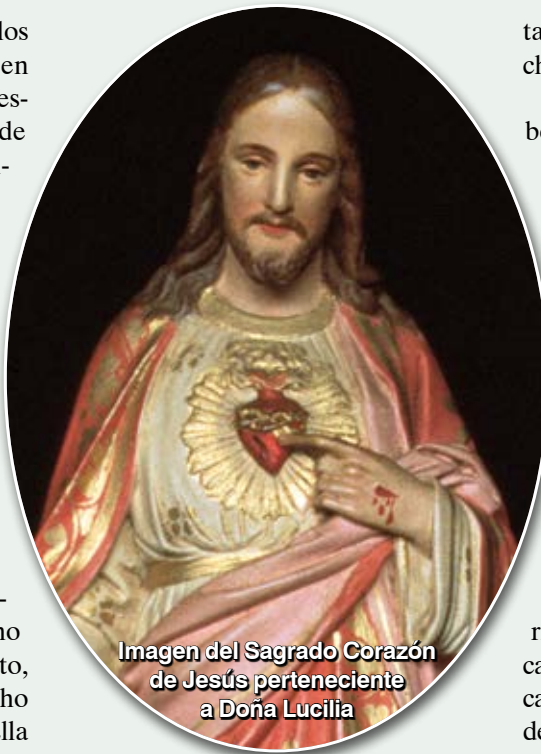


Imagen del Sagrado Corazón de Jesús perteneciente a Doña Lucilia

taba por medio de provocaciones y chistes a los otros compañeros.

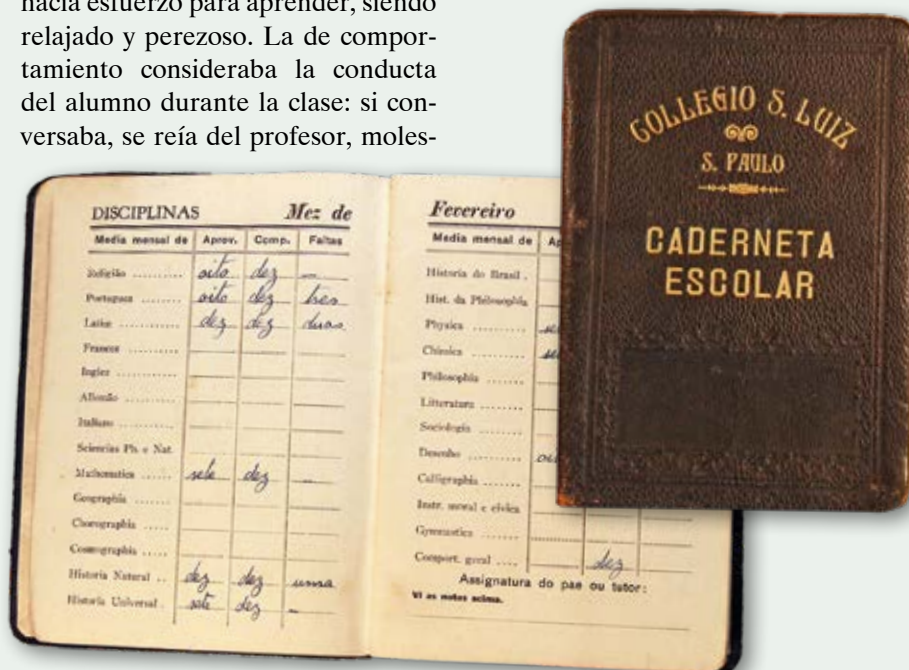
Los alumnos deberían llevar los boletines a sus padres. En general la distribución era hecha los viernes a la tarde. El lunes, el alumno tenía que traer de vuelta el boletín firmado por el padre, y el colegio lo archivaba.

MI CONDUCTA EN CLASE ERA BUENA Y EN GENERAL LAS NOTAS ERAN ELEVADAS, HASTA BIEN ELEVADAS. EN CUANTO A LA APLICACIÓN, HABÍA UNA DIFERENCIA. CIERTAS MATERIAS ME INTERESABAN MUCHO, ENTONCES DE ESAS YO ERA UN ALUMNO BIEN BUENO. RELIGIÓN, HISTORIA, FRANCÉS, PORTUGUÉS ERAN MATERIAS DE LAS CUALES GUSTABA Y ME APLICABA. PERO EN GEOGRAFÍA, MATEMÁTICA, GEOGRAFÍA DEL BRASIL Y OTRAS COSAS DE ESAS, YO RECIBÍA NOTAS MENOS ALTAS PORQUE NO ESTUDIABA. YO TENÍA FASTIDIO DE ESAS MATERIAS, NO GUSTABA ESTUDIARLAS Y CONCENTRABA LO MEJOR DE MI ESFUERZO EN AQUELLAS QUE APRECIABA.

Pero incluso en las materias de las que no gustaba, las notas de aplicación eran soportables. En comportamiento, siendo un alumno muy calmo, tranquilo, disciplinado, gracias a Dios sacaba diez en todas las materias, que era la nota más alta.

constaba una nota para cada materia enseñada. La primera materia mencionada, a muy justo título, era Religión, y después venían las otras.

En cada materia había dos cuadraditos especiales: uno se refería a la aplicación y otro al comportamiento. La nota de aplicación tenía en vista premiar al alumno que aprendía bien, o censurar al que no hacía esfuerzo para aprender, siendo relajado y perezoso. La de comportamiento consideraba la conducta del alumno durante la clase: si conversaba, se reía del profesor, moles-





El hombre vale por su carácter

Cuando llegaba a casa, Doña Lucilia estaba esperándome, porque ella ya sabía que aquél era el día de la distribución del boletín. Ella me preguntaba:

– Hijo, ¿trajiste tu boletín?

Yo lo sacaba de mi zurrón y lo entregaba tranquilo, porque ya había visto las notas y sabía que todo estaba bien. Ella leía con atención, después en general me besaba y hacía un comentario de una materia u otra:

– Matemática está muy baja. Mira si levantas esa nota el mes que viene. ¿No quieres aprender la Geografía de tu país? ¿Qué es eso?

– Yo daba una respuesta cualquiera y percibía que ella no hacía de eso una cuestión cerrada.

Ella a veces me decía:

Quedo especialmente contenta por la nota diez de comportamiento que siempre tienes. ¿Quieres saber por qué?

Yo decía naturalmente que quería y ella me daba siempre la misma explicación:

– Nadie tiene la culpa de ser burro, tiene la culpa de ser malo. Un alumno que tiene nota baja de comportamiento no es burro, es malo, no gusta del orden, de la disciplina, del esfuerzo. Ahora, un alumno que tiene nota baja de estudios significa que es burro, no tiene culpa de no aprender aquella materia, no da para eso. Yo prefiero mil veces tener un hijo burro, pero bueno, que un hijo malo, pero inteligente, porque el hombre vale por su carácter. La inteligencia es una cosa de valor, pero secundaria. Sin inteligencia se va al Cielo, sin carácter no.

Yo oía todo aquello que me decía con afecto, y consideraba que tenía razón. Ella hacía como si no supiese si era inteligente o no. Y añadía: Si vienes a ser un hombre burro no tienes culpa, estás perdonado, ni tengo nada que perdonar. Pero si eres un hombre malo, eso sería diferente: tu madre un hombre malo no lo tolera.



Doña Lucilia en 1912

Una nota baja en comportamiento

Cierto día, después de la distribución de los boletines, abrí el mío y verifiqué que las notas estaban razonables. Sin embargo, la de comportamiento en la materia de Geografía era pésima, seis, muy por debajo de lo que Doña Lucilia toleraría.

Si una nota de comportamiento fuese nueve, ella toleraría, pero con una observación de que eso no se repita; mas un seis no lo toleraría.

Miré aquello y quedé pasmado.

Pensé: “Yo no hice nada en la clase de Geografía, no tengo ninguna culpa; esto es una injusticia o un error de quien copió esas notas. Mamá ahora va a quedar indignada y no sé lo que voy a hacer. Debo sacar esa nota del boletín.”

Ahí vino la niñería, la imbecilidad. Pensé: “Preciso pasar agua encima de esa nota seis”. Después reflexioné: “Mamá verá que pasé agua y va a preguntar lo que quise esconder”. Como estaba lloviendo mucho, pensé: “Voy allá afuera, abro el boletín, cae agua de lluvia encima y después le diré a ella: “Mamá, yo quise leer el boletín en la lluvia y cayó agua en la nota de Geografía, como en otras partes del boletín, y así oculo la cosa”.

Fui hacia la lluvia, pero hubo algo increíble: llovía en torno de la nota seis, sin embargo ninguna gota de agua caía encima del seis. Perdí la paciencia, esperé que cayera una gota grande de agua y con un dedo mojé resueltamente la nota seis. Ahí verifiqué que quedó una porquería, ella se daría cuenta y yo tendría que darle explicaciones.

Y como dice la Escritura *abyssus abyssum invocat* – es decir, un abismo atrae a otro abismo, un error atrae otro error, una mala acción atrae otra mala acción – resolví escribir diez encima del seis con mi letra. Ella estaba harta de conocer mi letra y vería que era el auge de la infantilidad y de no saber hacer las cosas.

“Prefiero todo en la vida a tener un hijo falsificador”

Cuando llegué a casa, ella con su afecto habitual, indagó:

– Hijo, ¿tienes tu boletín ahí?

– Sí.

– Déjame verlo....

Lo entregué cerrado. Yo acostumbraba entregárselo abierto.

Ella abrió y preguntó: ¿Qué es eso aquí?

– Mamá, cayó agua.

– No me vengas con esa historia.

Aquí encima escribiste diez. ¿Qué había abajo? ¿Por qué borraste lo que estaba abajo?

Yo le dije: Mamá... había un seis.

¡Ah! ¿Qué hiciste para que tu profesor de Geografía te diese seis?

– No hice nada, mamá, pero salió esa nota. No queriendo disgustarte, encontré un modo de poner una nota que te dejase contenta, pero sabía que había hecho mal.

Mamá quedó indignada y sacó enseguida una conclusión cuyo verdadero alcance no percibí en el momento. Ella dijo:

– Prefiero todo en la vida a tener un hijo falsificador.

Ella pronunció la palabra “falsificador” de tal manera que yo sentí, en el modo de ella decirlo, sin poder comprender bien, todo el mal

que existe en la falsificación.

En medio de casos publicados en los periódicos y contados en la familia, yo ya había oído hablar de falsificador, calificado en las conversaciones como por todas partes se califica, como un crimen realmente de los más nocivos, más condenables y, en esas condiciones, como una cosa que rebajaba mucho al hombre.

Naturalmente no se trataba de falsificadores de notas de colegio. Eran falsificadores que falsificaban cheques de banco y cosas de esas. Es decir, crímenes de meter en la cárcel, una cosa mucho más seria, mucho más fuerte.

Pero, en fin, ella había dicho “falsificador” y toda aquella censura de falsificador cayó sobre mí. Y agregé:

– Que lo sepas: el lunes tu padre irá al Colegio y mostrará al sacerdote lo que hiciste, y pedirá verificar cuál es tu verdadera nota. Si fue una nota equivocada que copiaron mal, estás perdonado, pero si de hecho la nota real es seis, no vas a quedar



Plinio entre sus colegas en 1921

Biblioteca do Colegio São Luis

un día más en San Pablo. Voy a mandarte al colegio de Caraça.

Yo quedé pasmado:

– ¿Lejos de casa, mamá?

– Sí señor. No quiero tener falsificadores cerca de mí.

Entonces se me vino el mundo encima. Para que mamá no me quisiera más cerca de ella se puede imaginar uno lo que eso significaba ¡Era una cosa horrorosa!

Al mismo tiempo me dijo que ese Caraça era una especie de penitenciaría para niños, que sólo los niños medio criminales iban allá. No correspondía a la verdad, pues era uno de los mejores colegios del Brasil. Pero en aquel tiempo las comunicaciones eran más difíciles, las personas estaban menos informadas que hoy y ella tenía ese concepto equivocado respecto al Colegio Caraça.

Maria Cecília França Monteiro da Silva (Acervo Particular)



Colegio San Luis a finales de 1910



GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO

Biblioteca do Caraja



Colegio Caraça en la década de 1920

Ella me dijo: voy a mandarte allí, y pasarás un año sin verme y sin que yo pueda ir a verte. No creas que voy a ir a visitarte, porque madre de falsificador... no quiero saber de eso.

Cada vez que ella decía una cosa de esas, que se contrastaba con el cariño dulcísimo con que me trataba comúnmente, yo me sentía aplastado por el propio delito: ¡“Falsificador, qué horror”! Yo, sin saber bien lo que significaba, me sentía un falsificador.

Paralelamente, había hecho una mala acción, la cual no tengo motivo para contarla aquí, pero fue una acción mala. Es decir, desgraciadamente estaba atravesando días malos. Mamá no sabía de esta acción. Si hubiese llegado a saberlo, no sé donde habría ido a parar.

Misa en la Iglesia Sagrado Corazón de Jesús

Mamá le pidió a papá que viniese a hablar en su presencia. Le explicó lo sucedido, y naturalmente, a papá no le gustó nada lo que hice. Quedaron en que él iría el lunes – por tanto el primer día hábil – a preguntar en el Colegio San Luis qué había pasado.

Con eso transcurrió el viernes, el sábado – tristes y aburridos para mí. El domingo resolví ir a Misa en

la iglesia del Corazón de Jesús. Tenía poco sueño y desperté temprano, cuando los domingos solía despertarme tarde. Me levanté y fui sólo a la Misa, sin mamá, ni papá, ni mi hermana, ni nadie.

Cuando llegué a la iglesia, esperaba encontrar un banco para arrodillarme y asistir a la Misa junto a la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Pero noté una escena diferente.

El Colegio del Corazón de Jesús era colosal, abarcaba los cuatro lados de una manzana muy grande. En aquél tiempo era un internado enorme, no sé cuántos niños cabían allí. Estaban entrando en la iglesia para asistir a Misa, que era obligatoria para todos. Entraban cantando, en fila, e iban ocupando los lugares en los bancos.

Enseguida vi que casi todos los bancos estaban ocupados y que no quedaría ninguno libre, pues los padres harían salir del banco a cualquier niño que no fuera del colegio, para dejar lugar a los alumnos. Me sentí rechazado por todas partes, por Dios y por los hombres: “Todo me sale mal, me porté mal en dos cosas, soy un falsificador, es algo horroroso, me voy a apretar en esta esquina de la nave lateral – en el lado derecho de quien entra en la iglesia – y aquí voy a quedarme en el fondo. En este lugar,

la misericordia de Dios aún mira para un miserable falsificador que aquí puede rezar durante la Misa”.

Los niños empezaron a cantar, el sacerdote entró, comenzó la celebración de la Misa, que continuó normalmente. A causa de las columnas no conseguía ver al sacerdote ni acompañar sus movimientos; me levantaba y arrodillaba imitando a los fieles.

Una imagen blanquísima de Nuestra Señora

Tampoco podía ver la imagen del Sagrado Corazón de Jesús. La única imagen que podía ver era la de Nuestra Señora, de mármol blanquísimo. María Santísima tenía al niño Jesús en un brazo, y en el otro llevaba el cetro para indicar que era Reina por ser Madre del Hombre Dios. Nuestra Señora, por lo tanto, mandaba en todo el mundo, y todo cuanto Ella quisiese, Dios lo haría. Ella participaba, de algún modo, de su Omnipotencia. El Creador que la quiere como a Su Madre. Yo podía imaginar cómo Dios la amaba, imaginando cuánto yo quería a mi madre.

Pensé: “Si yo que soy finito y un trapo, amo tanto a mi madre, tanto, tanto... imagine cómo Dios, que es infinito, amará a Su Madre”. Pero

calculen también: cómo es Nuestra Señora para que Dios la haya escogido por su Madre, que haya querido encarnarse en Ella, pasando por un período de gestación en su claustro bendito, y después, a través de Ella, haber nacido para salvar el mundo, es algo extraordinario.

¡“Ella debe ser formidable”!

Por un juego natural de ideas, me vino a la mente que si yo, un falsificador, me dirigiese al Sagrado Corazón de Jesús, no sería atendido, pero que si lo pidiese por medio de Ella, sí sería atendido. Porque así como

En cuanto pensaba así, mirando a la imagen de Nuestra Señora, no ocurrió ningún milagro, pero, sin que hubiese en el rostro de mármol de la imagen el menor movimiento, algo pasó, por lo que tuve la impresión de que Ella me miraba llena de bondad y con mucha pena de mí.

Por una cierta sonrisa que sus labios no definieron – los labios no se movieron, la imagen es de piedra, no puede moverse – tenía la impresión de que Ella sonreía. Y sonreía como quien me conoce: “Es Plinio, hijo de Doña Lucilia y del Dr. Juan Pablo”,

y Ella me miraba con una misericordia y una bondad especiales.

Plinio, un niño de excepcional corrección en las clases

El hecho produjo en mi alma una verdadera conmoción. Entonces comprendí quién era Nuestra Señora y su papel junto a cada uno de nosotros, no sólo cuando procedemos bien, sino cuando nos comportamos mal. Cuando somos buenos, Ella es una Madre indeciblemente buena hacia el hijo. Es una efusión mutua de afectos y cariños, enormemente mayor cuando descienden a nosotros, que cuando suben de nosotros hasta Ella. Pero en cierto momento, los dos afectos se encuentran, y es como si fuesen un arco voltaico, un arcoíris, camino del Cielo.

Entonces, sin oír ninguna voz – como ya dije, no hubo milagro ninguno – algo me dijo en el interior de mi alma lo siguiente: “Confíe, Nuestra Señora rezará por ti, todo se resolverá, y la relación con tú mamá se restaurará. Este asunto va a pasar porque María Santísima lo pidió”.



Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, en San Pablo, a inicio del siglo XX

yo hacía todo cuanto mamá quería, también Él haría todo cuanto su Madre deseaba.

Ahora bien, la Madre de Dios tendría – como ya dije – la influencia junto a Él, parecida con la que mamá tiene sobre mí, y por lo tanto, lo que Ella pidiese, Dios lo haría. Pero como era Madre, Ella querría no como un padre quiere a un hijo, sino como una madre quiere a un hijo. Papá me quería de un cierto modo, pero otra era la forma de mamá quererme. Dios es Padre, infinito, perfecto, pero Ella tenía más pena de mí, más misericordia, era más accesible.



Misa Solemne en el Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, en tiempos de la infancia de Plinio



GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO

Volví a casa y encontré a doña Lucilia sin haber cambiado. Y no podría ser de otra manera, porque sólo iba a tomar conocimiento de la solución del caso del boletín al día siguiente. Para mí, lo que me importaba era ella. Si Doña Lucilia estaba contenta conmigo, el mundo estaba contento; Si no lo estaba, el resto no valía nada.

El lunes, mi padre fue al Colegio San Luis. De repente entró en casa con una cara calmada, segura y tranquila. Le miré – y ni siquiera notó que me encontraba cerca – y me dí cuenta de que estaba preocupado con el llavero que no funcionaba bien. Pensé: “Si está pensando en el llavero, es porque no está preocupado conmigo; luego todo fue bien”.

Mi padre era de Pernambuco, y los antiguos pernambucanos, tenían la costumbre de llamar señoras a las esposas. Se aproximó de Doña Lucilia y dijo:

– Señora, aquí está el boletín de su hijo.

Mamá lo cogió enseguida y preguntó:

– ¿Qué pasó?

Él respondió:

– El Padre Rector, director del Colegio con el que conversé, se rió mucho cuando vio el borrón que Plinio hizo en el boletín. Después me dijo que debió de haber un error de transcripción, porque Plinio era en general de muy buena educación y de un comportamiento excepcional en las clases. Sucede que siempre es posible que un niño pueda hacer alguna cosa mala. Y afirmó: “Si el padre dio esa nota, voy a hablar con él para saber cuál es el motivo”.

Después de algún tiempo, el Rector volvió con el boletín en la mano, en el cual escribió una nota diciendo que hubo un error de la secretaria que lo copió. Que la nota que el padre diera a Plinio era 10.

Estaba todo resuelto y el cielo azul...

Poniendo atención en las palabras del “Dios te Salve”

Mientras yo estaba en la iglesia el domingo, rezando a Nuestra Señora, y no sabiendo qué decir, recé una Salve. Fue la primera vez que presté atención a esta oración. El texto me pareció lindísimo – e incluso una verdadera obra maestra – y bien convenía para mi situación. Aquellas palabras se podían adecuar a un niño travieso y amenazado de ir a una especie de penitenciaría, como yo lo imaginaba. En la aflicción en que estaba, las palabras me convenían perfectamente.

“Salve” en latín es un saludo, como quien dice “buenos días” o “te saludo”. Pero yo no sabía eso. Pensé que “salve” quería decir “sálvame”.

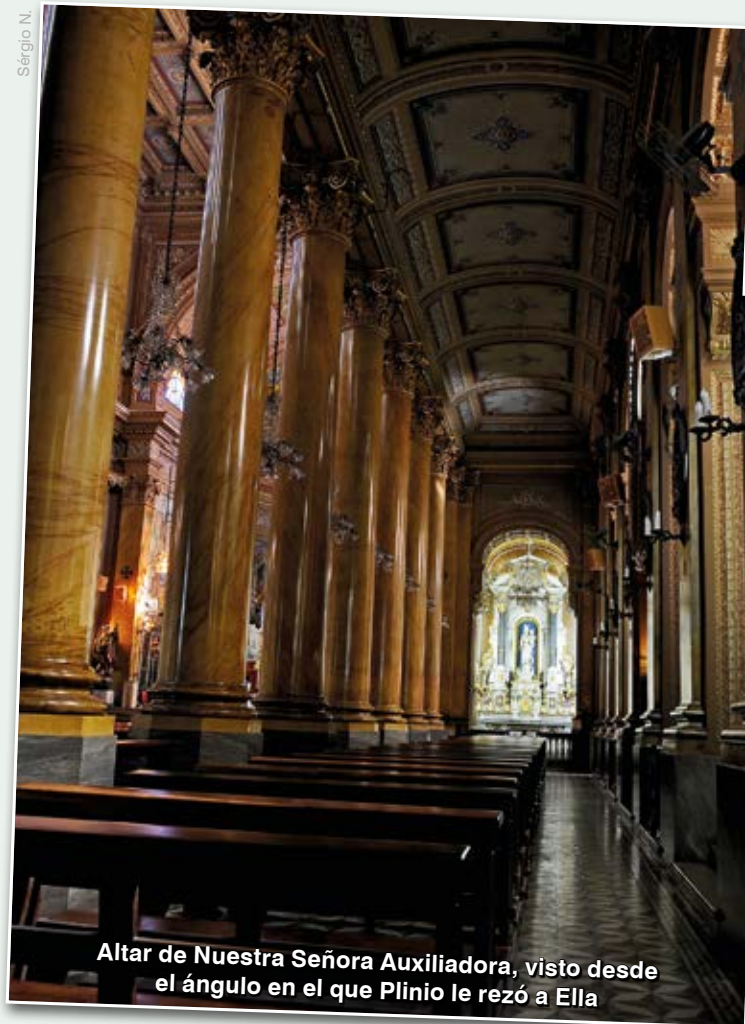
Diciendo “Salve Regina”, entendía: “Salvadme Reina de este apuro”. Entonces, pedía con un deseo enorme de ser atendido: “Madre de misericordia”. Yo pensaba: “¿Ves? Mamá es tan buena, yo la quiero tanto, pero Nuestra Señora es mejor que ella”.

Esto es la pura verdad. Nuestra Señora es incomparablemente mejor que el más santo de los hombres y el primero de los Ángeles. Nuestro Señor no hizo ninguna criatura igual a Ella. María Santísima es un escalón intermedio entre Dios y toda la Creación. Están los hombres, los Ángeles, después Nuestra Señora en un punto

supremo y más elevado que todos, e infinitamente por encima de Ella está Dios. Es decir, nosotros no tenemos ni idea de quién es Nuestra Señora.

Ahora bien, esa noción de que era una persona excelsa yo la tenía, pero no la de su bondad y misericordia.

Todo esto me hacía tener la idea siguiente: “Mira cómo la Iglesia trata a la Santísima Virgen. Dice que Ella es nuestra vida, dulzura y esperanza. ¡Qué belleza! Entonces, Nuestra Señora es nuestra vida, esa criatura tan única que nadie se compara a Ella. Madre de Nuestro Señor Jesucristo, Esposa del Divino Espíritu Santo, Hija del Padre Eterno, Ella es la Madre de la Misericordia. Madre, ya indica la idea de misericordia, pero, Madre de Misericordia, es



Altar de Nuestra Señora Auxiliadora, visto desde el ángulo en el que Plinio le rezó a Ella



Imagen de Nuestra Señora Auxiliadora, delante de la cual Plinio recibió una de las mayores gracias de su vida

Teodoro Reis

Aplausos entusiasmados del público católico

Todo sucedió antes del período en el que, aún en mi infancia, sentí la Revolución enfrentándome como un león – o peor aún, como una hiena – y comprendí que la salvación de mi alma y el futuro de todo el mundo estaban en peligro si esa hiena no fuese derribada; entonces decidí combatirla. Costase lo que costase con la protección de Nuestra Señora, debería luchar contra ella y la Santísima Virgen me daría la victoria.

Fue transcurriendo mi vida y tuve ese comienzo de lucha con la Revolución en el Colegio San Luis. Me hice

joven. Acudí al Congreso de la Juventud Católica en 1928, ingresé en la Congregación Mariana de Santa Cecilia. Después vino la fundación de la Liga Electoral Católica y mi elección como el diputado más joven y votado del Brasil.

Precisamente, cuando estaba en ese auge, ejerciendo un liderazgo enorme sobre todo el movimiento católico del país, las cosas llegaron a tal punto, que siendo aún muy joven era continuamente invitado para hacer conferencias y discursos

por todos los rincones del Brasil; el público católico adquirió un tal entusiasmo y preferencia por mí, que hacía cosas que me dejaban pasmado.

Por ejemplo, yo no era muy puntual, y a veces llegaba atrasado incluso a la conferencia que debía pronunciar, pero el público era benevolente, y no sólo perdonaba mi atraso, sino que incluso me recibía con manifestaciones de agrado y entusiasmo muy grandes. Cuando entraba, a veces iba corriendo desde el automóvil hasta el palco para compensar mi atraso. Poco antes de llegar al palco, dejaba de correr y andaba con paso normal. Cuando entraba, el auditorio entero se levantaba para aplaudir.

Discurso en homenaje a San José de Anchieta

Sin embargo comencé a notar una cosa que me dejó perplejo. Dentro del medio católico comenzaron a aparecer maledicciones sobre mí, como, por ejemplo, que estaba haciendo un número insuficiente de discursos en la Asamblea Constituyente, cuando más debería hablar; que yo trataba a los diputados anticatóli-



Clément Bardot (CC3.0)

una madre completamente hecha de misericordia”.

Pensaba: “De alguna manera también puede decirse esto de mi madre, pero cuán menor es ella que Nuestra Señora. Cuanto mayor es Ella, más perfecta, más incomparable; nadie es igual a María Santísima. ¡Ah, ya sé! Es con Ella con quien voy a arreglar mi vida”.

Y realmente en casa, todas las cosas se arreglaron. Después, con el paso de los años, a veces bromeaba con Doña Lucilia sobre lo del Caraga y su hijo falsificador. Ella sonreía, porque yo bromeaba con mucho cariño, mucho respeto, de hecho, el asunto se perdió en los tiempos, pero una cosa quedó: la devoción a Nuestra Señora.



GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO



María Cecilia França Monteiro da Silva (Archivo particular)



Archivo Revista

Así que debía quedarme quieto. Si fuera a hablar, cometería una irreverencia contra la autoridad de la Iglesia que lo ordenó. De manera que sólo cuando se presentase una buena ocasión que podía justificar que fuese indispensable hablar.

Se dio por ejemplo, el cuarto centenario de Anchieta. y yo alegué que era necesario que hablara un diputado católico, porque Anchieta era una gran personalidad en el mundo católico, y que yo, diputado por San Pablo, ex alumno de los jesuitas – Anchieta era jesuita – tenía derecho a hablar. El Cardenal Leme estuvo de acuerdo y pronuncié un discurso.

Con voz de trueno, replicó a un diputado comunista

En otra ocasión, hablaba desde la tribuna un diputado comunista llamado Zoroastro de Gouveia. En cierto momento él dio a entender más o menos la siguiente idea: el católico no podía ser un buen patriota porque dependía del Papa, el cual para los católicos es una potencia extranjera y, por tanto, todo católico estaba dispuesto a traicionar a Brasil en favor de la Iglesia.

Me puse de pie, y desde la primera fila que distaba dos pasos de la tribuna, hablé con una voz verdaderamente retumbante:

— Señor Diputado, vengo a expresar mi más categórica e indignada protesta contra el infame insulto que Vuestra Excelencia acaba de arrojar al rostro de los católicos...

Y troné contra él. La Cámara estaba terminando su trabajo del día, los diputados dormitaban y algunos susurraban. Cuando salió ese ruido, todos se levantaron:

– ¿Qué ocurre?

El Zoroastro de Gouveia quedó atónito con todo aquello, sin saber cómo responder. Entonces dijo alguna cosa, protesté una vez más y salió de la tribuna.

Ese episodio dejó tal recuerdo en quienes lo presenciaron, que unos treinta años después tuve que ir a la Cámara de los Diputados, en Brasilia, a llevar una protesta de los propietarios rurales contra la Reforma Agraria que ya se quería implantar en ese momento. Allí nos indicaron que entregásemos la protesta al secretario de la Cámara



Archivo Revista

cos con una dureza que rayaba en la brutalidad, y otras cosas por el estilo.

Ahora, el Cardenal Leme, Arzobispo de Río de Janeiro, envió un mensaje a los diputados católicos diciendo que esperaba que no hiciéramos discursos, para no comprometer el arreglo que había hecho con todos los diputados de la Asamblea Constituyente, para aprobar todo lo que la Iglesia quería. Según él, todo estaba acordado y no había lugar a dudas. Que por esto no nos moviéramos.

para que él la remitiera al Gobierno.

Cuando llegamos, nos saludamos y le entregamos esa protesta. Empezó a tomar notas – labores de burócrata – y en un momento me miró. Pensé: “Ya puedo ver lo que hay en la cabeza de este hombre...” Paró el trabajo y me preguntó:

— Dígame una cosa, ¿alguna vez usted fue diputado?

— Fui.

— ¿No fue usted quien le dio esa desaprobación al diputado Zoroastro de Gouveia?

¡Treinta años después, el hombre aún recordaba el ataque! Pero a pesar de eso, la difamación circulaba.

Una religiosa buscó denigrarlo

También noté – y eso me impresionaba más – que por parte de los católicos y de algunos de los que yo



Aspecto de una reunión de la Asamblea Constituyente, en 1934. En destaque: Diputado Zoroastro Gouveia durante su mandato

consideraba buenos católicos, había una serie indecible de insinuaciones en mi contra, en mi presencia, que indicaban que había alguna conspiración para alejarme, dejarme a un lado, y no sabía el por qué.

Una cosa característica fue esta: en esa época se creó la Universidad Católica en San Paulo y fui nombrado profesor de Historia de la Civilización en dos facultades de esa universidad. Un día estaba dando clases y vino una religiosa, diciendo que estaba allí una compatriota belga suya, que había oído hablar mucho de mis clases y quería asistir a una de ellas.

Yo dije:

— Con todo gusto. Consíganle a la religiosa una silla más cómoda para que pueda asistir al aula, y estaré complacido de darla frente a ella.

Cuando terminó la clase, pensé que estaría parada en la puerta para saludarme, porque eso sería normal ya que le había dado permiso para asistir a mi clase. Pero no, se había ido.

Algún tiempo después, encontré a la monja que había hecho el pedido y le pregunté:

— ¿Qué pensó esa monja belga de mi clase?

— Oh, ella hizo un comentario muy elogioso.

Me pareció extraño que no hiciera el comentario elogioso a mí, sino que se lo hiciera a otra persona. Pensé: “Aquí hay mezquindad...”

— Ah, sí, está bien. ¿Y qué dijo ella? – pregunté.

— Dijo que usted es un profesor tan claro que, en su opinión, está mal empleado en una universidad, y que sería mucho mejor que lo usaran en una escuela para débiles mentales, porque siendo tan claro como es, incluso ellos serían capaces de entenderlo.

Es decir, estaría mejor empleado enseñando en una escuela para bobos. Ahora bien, esto no es un elogio, sino una denigración de un maestro, y de una manera muy extraña, porque no es degradante por un defecto, sino por una cualidad. Es decir, la calidad es tan buena que incluso merece ser degradada.

Animadas discusiones con católicos de ideas revolucionarias

También comencé a notar que, como parte del Movimiento Católi-





GESTA MARIAL DE UN VARÓN CATÓLICO

co, comenzó a formarse un grupo de personas que profesaban una doctrina completamente diferente a la doctrina tradicional de la Iglesia. Esta gente pensaba, por ejemplo, que hasta entonces la Iglesia había hecho muy mal en prohibir bailar e ir a lugares sospechosos, porque eso significaba que los buenos, al separarse de los malos, nunca tendrían la oportunidad de convertirlos. Entonces el mundo quedaba dividido en dos: los buenos y los malos. Lo que los buenos tenían que hacer era mezclarse completamente con los malos e ir a los lugares de perdición, porque allí, si hubieran comulgado en la mañana, ellos llevarían “a Cristo” – no decían “Nuestro Señor Jesucristo”. “Cristo” presente en ellos convertiría a esas personas.

Entonces, según esa concepción, todo debería cambiar. Los católicos necesitaban modernizarse, convertirse en personas muy capaces de hacer chistes, bromas, etc. Las jóvenes deberían hacer concesiones en mate-

ria de trajes, leer revistas completamente mundanas.

Los miembros de esta corriente se reunieron conmigo y tuvimos algunas discusiones muy animadas al respecto. Noté que la corriente estaba impregnada de ideas de la Revolución Francesa. Cierta noche me encontraba en la sede del “Legionario”, el semanario católico del que yo era director. La planta baja del edificio estaba ocupada en su totalidad por las dependencias del periódico. Arriba, había un gran salón que ocupaba todo el piso y servía como sala de conferencias o teatro. Estaba abajo, trabajando con otros en los preparativos para la próxima edición del “Legionario”, y noté que este nuevo grupo estaba teniendo una fiesta en el salón de arriba. Desde donde me encontraba podía escuchar las canciones que cantaban y algo de los discursos que hacían. Era todo lo contrario de lo que somos y de lo que defendemos.

sia antigua, seria, que reza, trabaja, lucha contra el adversario. Nosotros, arriba, representamos a la Iglesia nueva, que ríe, baila, se divierte, va a la playa, a la piscina, va a todas partes llevando a “Cristo”. Pero una cosa quería advertirle: se ha hecho un arreglo para cam-



Dr. Plinio en febrero de 1995

Archivo Revista

Hubo un niño que, en un momento muy difícil, clamó a la Virgen

En un momento, uno de ellos bajó y me dijo lo siguiente:

— Plinio, vengo a hablarle de algo muy serio.

Pensé: “¿Cómo puede ser serio si usted no es serio?”

— ¿Qué es? – pregunté.

— Note la diferencia entre los dos pisos. Usted aquí abajo y sus jóvenes del “Legionario” representan a la Igle-



Sede del Legionario en la Calle Inmaculada Concepción

Archivo Revista



Nuestra Señora Auxiliadora (archivo particular)

Pero si continúa en esta situación en la que se encuentra, poco a poco la Iglesia pasará completamente al otro lado, estará solo y completamente aplastado, su futuro se acabó. Terminará siendo un desconocido.

Lo miré y dije:

– Fulano – no quiero revelar su nombre – prefiero todo a venderme. Y sepa que aunque deba ser el último de los hombres, seré el último de los soldados de la Iglesia tradicional, pero ella nunca morirá. Decir que seré el último de los soldados es una forma de decir, porque después de mí vendrán otros que pensarán como yo, pero la Iglesia no muere.

– Bien, ha sido avisado, después no se queje...

– Solo me quejaría si supiera que Dios me va a abandonar en la lucha. Pero eso nunca sucederá, porque confío en Él y en Nuestra Señora. Puede suceder que sea derrotado; pero otros vendrán y vencerán, pero yo no abandono mi posición. Nunca volvimos a hablar. De hecho, él fue elevado al grado más alto. Yo, a esos grados no subí. Soy Plinio Corrêa de Oliveira.

Pasaron los años y aquí estamos. Durante ese período hubo persecuciones de todos los tamaños contra mi Obra, booms publicitarios a los que hemos respondido con la punta de lanza continuamente. El hecho concreto es que nunca nadie consiguió vencernos, hemos crecido más y

más y nunca hemos perdido la confianza. Esto se debe a que hubo un niño que, en un momento muy difícil de su existencia, recibió una gracia y clamó a la Virgen, diciendo: “¡Salve, Regina, Madre de Misericordia, vida, dulzura, esperanza nuestra, salve!”

Rezando el Rosario y comulgando todos los días, confiando en la Santísima Virgen como Madre y Reina de Misericordia, vida, dulzura, esperanza nuestra, Medianera universal de todas las gracias junto a su Divino Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, hemos resistido y resistiremos; ¡y con su ayuda llevaremos la lucha hasta la victoria!

(Extraído de conferencia del 28/2/1995)



Antorcha ardiente de amor a Dios



No podemos salvarnos si no tenemos un amor sobrenatural a Dios, y es Nuestra Señora, Medianera de todas las gracias, quien nos obtiene ese amor. Ella ama al Creador más que todos los ángeles y hombres juntos, y como una antorcha que se enciende en el Sol, transmite este fuego a otras criaturas.

Me pidieron que tratara sobre la invocación de Nuestra Señora del Divino Amor, cuya fiesta se celebra el sábado anterior al domingo de Pentecostés. ¿Cuál es el significado profundo de esta devoción?

Sólo obtendremos el amor de Dios a través de Nuestra Señora

La cosa más preciosa que el hombre puede tener en esta tierra y que le consigue el cielo es el amor de Dios. Este es el primero de los Mandamientos que da valor a todos los demás. Si una persona cumpliera los nueve Mandamientos, por razones distintas al amor de Dios, a sus ojos no valdría nada, porque es necesario que todo se haga por amor del Creador para que tenga valor. Por lo tanto, la virtud cumbre, la virtud áurea, según la doctrina católica es el amor de Dios.

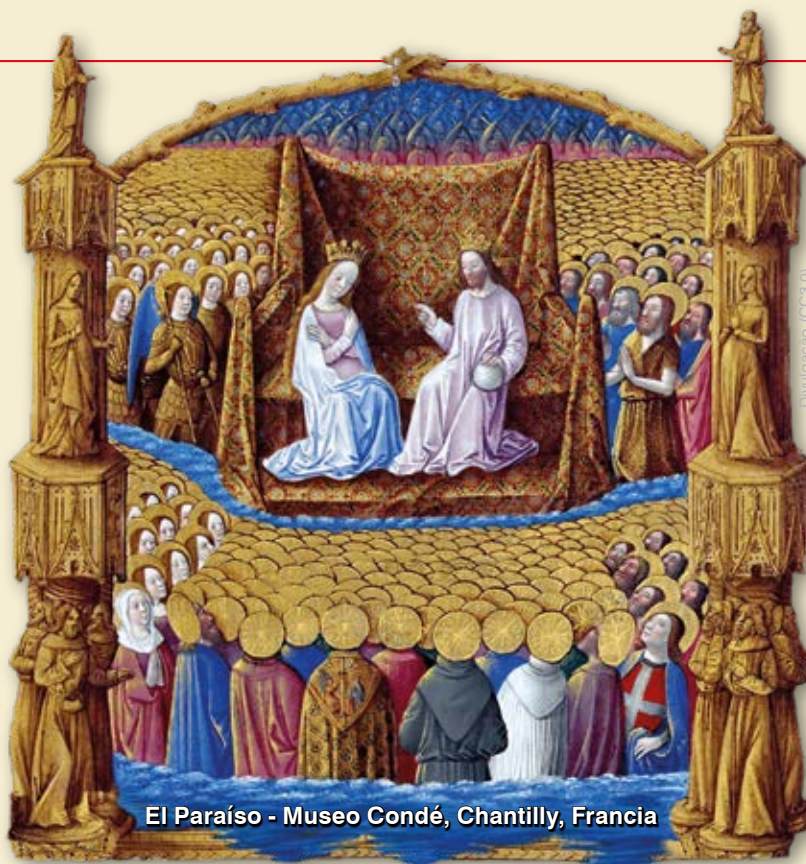
Por otro lado, es este amor el que nos abre la puerta del Cielo, donde estaremos practicando un eterno acto de amor de Dios. Así que esta invocación se representa a Nuestra Señora en cuanto consiguiéndonos y comunicando la virtud más alta y el don más elevado que Ella tuvo y que puede conseguirse para una criatura.

Dicho esto, debemos preguntarnos cuál es el papel de María Santísima en la obtención y difusión del amor de Dios.

La pregunta es muy simple. Es una verdad de Fe que nadie puede negar bajo pena de pecado mortal, que Nuestra Señora es la Medianera de todas las gracias, es decir, todas las súplicas dirigidas a Dios pasan a través de Ella; de tal manera que los pedidos de todos los santos en el cielo, hechos en unión con María, son atendidos, pero si Ella no pidiera con ellos no serían escuchados. Sin embargo, Ella pidiendo sola es atendida. Así, todas las gracias concedidas por Dios nos vienen a través de Ella. Por voluntad divina, la Santísima Virgen es el canal a través del cual todas las oraciones suben a Dios y todas las gracias descienden para los hombres. Por lo tanto, es Ella quien nos obtiene el amor de Dios.

Amor natural y sobrenatural a Dios

En principio podríamos considerar el amor a Dios en dos líneas: la natural y la sobrenatural. El amor natural a Dios sería practicado por alguien que no conociera nada más que la religión natural. Hay ciertas verdades acerca de Dios que los hombres conocen simplemente por la razón, no porque estén en las Sagradas Escrituras, ni porque figuren en la Tradición, sino porque son deducibles por la razón humana. Por ejemplo: hay un sólo Dios supremo, creador de todas las cosas, infinitamente perfecto, misericordioso, justo, que ama a los hombres y los llama a la vida eterna después de esta existencia. Estas son verdades que el hombre conoce simplemente por su razón y por sí mismas justifican el amor de Dios.



El Paraíso - Museo Condé, Chantilly, Francia

Pero para nosotros que hemos sido bautizados y tenemos la fe y toda la vida de gracia que la Iglesia ofrece, no existe apenas este amor natural por Dios. También existe el amor sobrenatural, fruto específico de un conocimiento sobrenatural de Dios. Es decir, lo que sabemos de Dios por Revelación y por la gracia es incomparablemente más de lo que nuestra simple razón podría lograr. La Santísima Trinidad, por ejemplo, no la conoce-

mos por nuestra razón, sino porque nos ha sido revelada. Y así un caudal enorme de verdades de Fe fundamentales que sólo conocemos porque Dios las reveló.

La Iglesia nos enseña que este acto por el cual la razón humana se asocia a lo que ha sido revelado es un acto sobrenatural, es decir, sin una gracia dada por Dios para ello, el hombre es incapaz de creer. Aunque el acto de fe esté de acuerdo con la razón y justificado por ella, el simple raciocinio no es suficiente para que el hombre lo practique. Es necesario un auxilio especial que ya es, en esta tierra, el comienzo de la visión beatífica, una semilla de lo que haremos cuando en el Cielo contemplemos a Dios cara a cara.

Este acto de conocimiento sobrenatural trae como consecuencia el amor de Dios, que también es sobrenatural. Un amor que sólo se puede obtener, por consiguiente, a través de una gracia. Y este amor que viene, por lo tanto, de Dios a nosotros para amarlo, es necesario que Él nos haya amado y nos haya dado la gracia de amarlo. El primer paso es suyo hacia nosotros y no nuestro hacia Él. Y este amor sobrenatural viene de la gracia; sin la gracia no lo obtendríamos en absoluto.

Es Nuestra Señora quien pide para nosotros la fe y la gracia del amor. Sin gracia no tendríamos ni fe, ni amor sobrenatural.

Ella es la Mediadora que nos obtiene del Creador este amor sobrenatural hacia Él. Un católico no puede salvarse sin amor sobrenatural para con Dios.



J.P.Ramos



Capilla del Santísimo en la iglesia de la Consolación; en destaque Nuestra Señora del Divino Amor

Verdadera alma del apostolado

No basta con decir que María Santísima, por su intercesión, nos obtiene este amor. Ella es un reservorio, una antorcha ardiente de este amor y lo comunica a los demás. Ella, que ama a Dios más que todas las criaturas juntas, transmite el amor a las criaturas. Más o menos como una antorcha que se enciende en el sol, que es Dios, y que luego pasa el fuego a todas las otras criaturas. Es un mar, un inmenso océano de amor y lo transmite a los demás.

Así que, en última instancia, para todos los problemas de nuestra vida interior tenemos que pedir principalmente el amor de Dios. Necesitamos agradecer el amor de Dios que hemos recibido y pedir más. Y no podemos hacer a Nuestra Señora una súplica más agradable que pedirle eso. Si tuviéramos ese amor, practicaríamos todas las demás virtudes. Si no lo poseemos, no practicaremos ninguna virtud.

La repercusión de esto en el apostolado es enorme. Porque el apostolado es un acto por el cual una persona comunica a otra el conocimiento de Dios a través de



J.P.Ramos

la Fe, y el amor de Dios a través del buen consejo.

Mi acto de apostolado sólo puede ser fructífero si es ayudado por una acción sobrenatural de la gracia. Si no, resulta completamente incapaz de hacer algo bueno. Recordemos la comparación: la gracia sería más o menos parecida a la energía eléctrica que pasa a través del tungsteno.

Así, Nuestra Señora es la verdadera alma de mi apostolado.

Porque es a través de Ella que obtengo las gracias para que dé fruto.

El principio fundamental del libro de Don Chautard, *El Alma de todo apostolado*,

está representado en esta invocación: “Nuestra Señora del Amor Divino. Es decir, la Santísima Virgen dando al apóstol el amor de Dios y ayudando a transmitirlo a los demás. Nuestra Señora es la condición fundamental de mi vida espiritual y la fecundidad de mi apostolado.

Esa famosa figura oriental de María Santísima, que está rezando y tiene dentro de sí al Niño Jesús con un pergamino enseñando, podría llamarse perfectamente Nuestra Señora del Amor de Dios. Mientras Ella reza, en su persona el Divino Niño enseña. Así también, mien-

tras Ella ora obtiene para todos el amor de Dios, es decir, el Niño Jesús habla a todas las almas en Nuestra Señora, dándonos el amor de Dios. Por lo tanto, para aquellos que quieran cultivar la fecundidad en el apostolado – el apostolado individual por ejemplo – es absolutamente fundamental una compenetración de la importancia de Nuestra Señora en este sentido.

El Reino de María será el Reino del Espíritu Santo

En la capilla del Santísimo Sacramento de la Iglesia de la Consolación en San Paulo, sobre una columna a la derecha de quien mira hacia el altar, hay una imagen de Nuestra Señora del Divino Amor, tallada en madera, en cuyo Corazón está la figura del Espíritu Santo.

En una ocasión rezando ante esta imagen, me vino a la mente esta consideración: ¿Cómo sería el alma de Nuestra Señora estando inundada por el Divino Paráclito? Si yo pudiera penetrar en su alma santísima como se entra en una catedral. ¿Qué vería?

Es propio del Espíritu Santo comunicar la gracia divina, un don creado de carácter espiritual y una participación en la vida de Dios. La gracia nos transmite la propia vida divina. Por lo tanto, se entiende la poderosa relación que existe entre la gracia y el Espíritu Santo.

María Santísima es nuestra Madre, pero también la Esposa del Divino Espíritu Santo que en Ella engendró misteriosamente al Niño Jesús, convirtiéndose en mediadora universal y omnipotente junto a Él. Así, siendo la Madre de la Divina Gracia y la Esposa del Divino Espíritu Santo, pide gracias por nosotros y es atendida. De manera que Ella es el canal del Divino Espíritu Santo para nosotros.

Debido a que es llena de gracia, rebosa de las gracias del Espíritu Santo, y nunca nadie ha tenido la gracia que Ella posee. Y es de la abundancia de sus gracias que Ella nos comunica la gracia. Así que todo lo que Don Chautard dice sobre el apóstol, que debe ser un depósito de gracias de cuya profusión todos se sacian, se dice de Nuestra Señora de una manera súper-excelente y maravillosa.

Debido a esto también, el Reino de María será el Reino del Divino Espíritu Santo. San Luis Grignion de Montfort lo dejó claro en *el Tratado de La Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*: hubo el Reino de Dios Padre y el de Dios Hijo, después vendrá el Reino del Divino Espíritu Santo, que terminará con un diluvio de fuego de amor y de justicia. Estos tres reinos deben marcar sucesivamente las tres grandes eras de la Historia. Por lo tanto, así como creemos que viene el Reino de María, debe-

mos creer en la venida del Reino del Divino Espíritu Santo.

Análogamente a esto, Nuestra Señora obtendrá – es una conjetura mía – que el Divino Espíritu Santo instaure un núcleo de Él muy pujante, que florezca con todos sus dones en la Tierra, ya desinfectada y purificada de la presencia inmunda de los demonios.

Vamos a quedar asombrados de dos cosas que son nuevas para nosotros: la debilidad del mal y la fuerza del bien. Hoy vivimos consternados por la debilidad del bien y la fuerza del mal. Sin embargo, pasada esa página de la Historia, tendremos la alegría de verificar la fuerza del bien y la flaqueza del mal. Esto llevará a nuestras almas a no sé qué estado de júbilo. ❖



Dr. Plinio en noviembre de 1985

(Extraído de conferencias del 25/10/1971 y 26/11/1985)

SANTORAL



San Ricardo Pamper

1. III Domingo de Pascua.

San José Obrero.

San Ricardo Pamper, religioso († 1930). Después de haber ejercido generosamente la medicina en la vida secular, ingresó en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Dos años después, adormeció piadosamente en el Señor, en Milán, Italia.

2. San Atanasio, obispo y doctor de la Iglesia († 373). *Ver página 2.*

Santa Viborada, virgen y mártir († 926). Vivió recogida en una pequeña celda junto a la iglesia de San Magno, en San Galo, Suiza, donde llevó una vida de oración y sacrificios. Fue martirizada por los invasores húngaros.

3. San Felipe y Santiago Menor, apóstoles.

Beata María Leonia (Elodia) Paradis, virgen († 1912). Fundadora de la Congregación de las Pequeñas Hermanas de la Sagrada Familia, en Sherbrooke, Canadá.

4. San Silvano de Gaza, obispo y compañeros, mártires (†c. 304). Por orden del Emperador Maximino Daia, fue condenado a trabajos forzados y de-

capitado en las minas de Feno, Palestina, junto con treinta y nueve cristianos.

5. Beato Gregorio Frackowiack, mártir († 1943). Religioso de la Sociedad del Verbo Divino, preso y decapitado en Dresden, Alemania.

6. Beata María Catalina Toiani, virgen († 1887). Religiosa franciscana nacida en Italia, que fundó en El Cairo, Egipto, las Hermanas Franciscanas Misioneras.

7. San Agustín Roscelli, presbítero († 1902). Fundó en Génova, Italia, la Congregación de las hermanas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María.

8. IV Domingo de Pascua.

San Viro, misionero (†c. 700). Junto con sus compañeros Plechelmo y Odgero, desarrolló, según la tradición, un gran trabajo apostólico para evangelizar la región de Roermond, Holanda.

9. Beata María Teresa de Jesús, virgen († 1879). Fundó con insigne previsión la Congregación de las Pobres Hermanas Escolásticas de Nuestra Señora, en Munich, Alemania.

10. Beato Enrique Rebuschini, presbítero († 1938). Sacerdote de la Orden de los Clérigos Regulares Ministros de los Enfermos, que prestó servicio a los enfermos en hospitales de Verona y Cremona, Italia.

11. San Francisco de Jerónimo, presbítero († 1716).

12. San Nereo y San Aquiles, mártires († s. III).

San Pancracio, mártir († s. IV).

San Modoaldo, obispo († c. 647). En la diócesis de Tréveris, Alemania, construyó y favoreció iglesias y monasterios, instituyó varias comunidades de vírgenes y fue sepultado junto a su hermana Severa.

13. Nuestra Señora de Fátima.

Santa Inés de Poitiers, abadesa († 588). Consagrada por la bendición de San Germano de París, gobernó con espíritu de caridad el Monasterio de la Santa Cruz de Poitiers, Francia.

14. San Matías, apóstol.

Beato Gil de Vouzela, presbítero († 1265). De noble familia portuguesa, después de ejercer la medicina en París, ingresó en la Orden Dominicana. Falleció en Santarém, Portugal.

15. V Domingo de Pascua.

San Reticio († S. IV). Gobernó la diócesis de Autun, Francia, sobresaliendo por sus dones de predicador y por su sabiduría.

16. San Posidio, obispo (†d. 437). Discípulo y amigo de San Agustín, asistió a su muerte y escribió su bio-



San Urbano I



San Posidio

grafía. Fue obispo de Calama, Argelia y combatió la herejía donatista.

17. San Pedro Liu Wenyuan, mártir († 1834). Catequista estrangulado en Guiyang, China, por causa de su fe en Cristo.

18. San Juan I, Papa y mártir († 526).

Beato Estanislao Kubski, presbítero y mártir († 1942). En el tiempo de la guerra, murió intoxicado en las cámaras de gas, en el campo de concentración de Dachau, Alemania.

19. San Urbano I, Papa († 230). Gobernó fielmente durante ocho años la Iglesia, después del martirio de San Calixto.

20. San Bernardino de Siena, presbítero († 1444).

Beata Crescencia Pérez, virgen († 1932). Religiosa de la Congregación de las Hijas de María Santísima del Huerto, en Argentina. Por problemas de salud fue transferida a Vallenar, Chile, donde falleció a los 35 años de edad.

21. San Cristóbal Magallanes, presbítero, y compañeros, mártires († 1927).

San Hemming, obispo († 1366). En la diócesis de Abo, Finlandia, renovó la disciplina eclesiástica, favoreció los estudios de los clérigos, dignificó

el culto divino y promovió la paz entre los pueblos.

22. VI Domingo de Pascua.

Santa Rita de Casia, religiosa († c. 1457).

Beata María Dominga Brun Barbanti, religiosa († 1868). Después de quedar viuda fundó la Congregación de las hermanas Ministras de los Enfermos de San Camilo, En Lucca, Italia.

23. Beatos José Kurzawa y Vicente Matuszewski, presbíteros y mártires († 1940). Durante la ocupación de Polonia, fueron muertos a tiros en la ciudad de Witowo.

24. Nuestra Señora Auxiliadora de los cristianos.

Beato Juan de Prado, presbítero y mártir († 1631). Franciscano español enviado al norte de África a fin de prestar auxilio espiritual a los cristianos reducidos a la esclavitud. Habiendo sido apresado, confesó vigorosamente su Fe delante del tirano Mulay al-Walid y fue por él condenado a morir en la hoguera.

25. San Gregorio VII, Papa († 1085). Ver página 26.

San Beda, el Venerable, el presbítero y Doctor de la Iglesia († 735).

Santa María Madalena Pazzi, virgen († 1607).

Beato Gerardo Mecatti, eremita († c. 1245). Siguiendo el ejemplo de San Francisco, distribuyó sus bienes a los pobres y se retiró a la soledad, en Villamagna, Italia.

26. San Felipe Neri, presbítero († 1595).

27. San Agustín de Canterbury, obispo († 604/605)

San Eutropio, obispo († c. 475). Después de quedar viudo, decidió entregarse totalmente a Dios. Fue ordenado diácono y más tarde fue elegido Obispo de Orange, Francia.

28. San Germano, obispo († 576). Era abad del monasterio Benedictino



San Aquiles

de San Sinfiriano, en Autun, Francia, cuando fue llamado a la sede episcopal de París. Cuidó de las almas con gran celo apostólico.

29. La Ascensión del Señor.

Beata Gerardesca, viuda († c. 1269). Pasó la vida en una celda junto al Monasterio Camaldulense de San Sabino, en Pisa, Italia, consagrándose a la alabanza de Dios.

30. San Fernando III, rey († 1252). Rey de Castilla y León, usó su sabiduría para administrar su reino. Fue gran promotor de las artes y de las ciencias y celoso propagador de la Fe.

31. Visitación de la Bienaventurada Virgen María.

San Noé Mawaggali, mártir († 1886). Muerto por los emisarios del rey, de quien era servidor, mientras impartía una lección de catecismo en Mityana, Uganda.



El Papa que libró una batalla decisiva

San Gregorio VII libró una batalla decisiva después de la cual no volvió a haber lucha importante entre el papado y el imperio, o cualquier monarquía, a respecto del principio contra el cual Enrique IV se levantó. Posteriormente hubo escaramuzas, pero fundamentalmente la batalla fue ganada por este Santo



San Gregorio VII - Iglesia de San Mateo, Morlaix, Francia

San Gregorio VII tuvo un importante papel contrarrevolucionario al reivindicar la prioridad de las cosas espirituales sobre las temporales, del papado sobre el imperio, al imponer con palabras magníficas el castigo necesario al Emperador rebelde que, así contenido, vio reprimida en su persona, durante siglos, la marcha de la Revolución que como una serpiente que salía de su guarida,

intentaba comenzar a caminar en la historia, cuando el cayado firme de ese pastor le rompió la cerviz.

Hizo vibrar contra Enrique IV la punición más alta, profunda e intransigente

Todo eso constituyó la gloria de ese Santo que pudo decir que moría en el destierro porque había ama-

do la justicia y odiado la iniquidad, cumpliendo de esta manera enteramente su deber de pastor, y dando el magnífico testimonio de sí mismo.

Pero hay un aspecto de la vida de San Gregorio VII que aunque luce con todo su esplendor y se hace notar por todo el mundo, no vi a nadie que lo comentase. ¿Qué aspecto es éste?

Libró una batalla definitiva después de la cual no volvió a haber

conflicto decisivo entre papado e imperio, o cualquier monarquía, a respecto del

principio contra el cual Enrique IV se levantó. Posteriormente hubo escaramuzas, pero fundamentalmente la batalla fue ganada por este Santo. Por tanto, el golpe asestado por él fue certero, alcanzando el punto que debería conseguir.

En segundo lugar, San Gregorio VII tuvo que enfrentarse al potentado más grande de la Tierra y no trató de dejar de lado la dificultad. No procuró mandar emisarios incumbidos de deformar el problema, atenuán-

dolo con medias palabras y por medio de inadecuadas contemporizaciones.

“¿El Emperador se levantó y defendió tal cosa? Yo, Gregorio, sucesor de San Pedro, declaro que esto es falso, y te digo ¡oh emperador! eres el mayor potentado civil de la Tierra, te interpones en mi camino como el hombre más poderoso que podría oponerse a mí. ¡Pues, yo libro esta batalla contigo! Coloco mi poder contra el tuyo, y vamos a ver cuál es el poder que vale más. Yo te despojo de tu poder y te excomulgo, te expulso de la Iglesia Católica. Más aún: Yo te maldigo y declaro que tienes parte con satanás y perteneces al rebaño maldito que Dios echa fuera de su presencia. ¡Vete, sal!”.

Es decir, contra ese potentado pronuncia la punición más alta, más profunda y más intransigente que se podría imaginar. No tiene miedo de nada. Y si hubiere de darse cualquier adversidad, que se dé. “Yo estoy aquí para la gloria de Dios, para la vida o para la muerte de esta mi pobre existencia terrena. Pero lucharé hasta el final”.

Un hecho sin precedentes en la historia

El emperador va a Canossa. Desde entonces, “ir a Canossa” se transformó en una expresión consagrada en la literatura. Se dice que va a Ca-

nossa la persona que en el lenguaje común, vulgar, banal de hoy en día, tira la toalla, no tiene más resistencia y se declara derrotada.

Canossa es una comuna italiana, cerca de Toscana – Norte de Italia –, donde la condesa Matilde, fervorosa devota del papado, poseía un castillo en el que había albergado al Santo Pontífice contra quien la furia del emperador Enrique IV estaba por desatarse.

Ese Emperador en pleno invierno coge el trineo y atraviesa los desiertos helados de Suiza, particularmente inhóspitos, va a Canossa a pedir perdón, porque no tenía otra salida. Después de haber sido excomulgado, hasta los criados huían del palacio, de tal manera que no tenía quién le prestase los servicios domésticos mínimos. No es sólo no tener apoyo político ino tenía a nadie que le preparase el baño! ¿Por qué? Porque era el hombre maldito sobre quien había caído la excomunión del representante de Cristo en la Tierra, el sucesor de San Pedro. Por esta razón, nadie quería tener relación alguna con él.

Enrique IV atraviesa los peligrosos páramos de Suiza durante el invierno, y en esa época en cualquier momento podría suceder que cayese abismo abajo, quedando enterrado en la nieve. Con la excomunión, en la nieve quedaría su cuerpo y su alma en llamas por los siglos de los siglos, si no hubiese un arrepentimiento perfecto.



Jan van Bijlert (CC3.0)

Ruinas del Castillo de Canossa, Italia

Paolo da Reggjo (CC3.0)



Finalmente, se presenta y pide perdón. Hecho sin precedentes en la Historia: un emperador humillado hasta ese punto, por una mera palabra de un Papa. Es el más alto potentado de la tierra contra el cual el Sumo Pontífice pronuncia una fórmula, y cae por tierra. Es el caso de decir: “*Sed tantum dic verbum* – decid una sola palabra, y la Iglesia será salvada de este enemigo”. San Gregorio VII dijo la palabra, y la Iglesia fue liberada.

“Excomulgado, aquí ¡No entra!”

El Papa es informado en el castillo de la condesa Matilde de que el Emperador estaba allí. Alguien más débil – no sólo un hombre que no fuese santo, sino incluso un santo no asistido por una gracia muy especial – tal vez hubiese pensado en acoger al penitente inmediatamente. Pero allí estaba el hombre cuya vocación era dar el ejemplo de lo que es la espada de la Iglesia, y hacer amar de una manera muy especial esa integridad del alma por la cual la Iglesia no cede. San Gregorio VII ordena que se cierren las puertas del castillo:

– ¡Excomulgado, aquí no entra!

– Pero ¿qué puede hacer él? Está fuera de las murallas, arrodillado en la nieve y pidiendo perdón.

— ¡Que se quede allí!

En ese gesto tan duro y admirable se nota la mano maternal de la Iglesia. Él podría haber dicho: “¡Que se vaya!” Sin embargo, dijo: “¡Que se quede!” En la punta del gesto florece una vaga esperanza de perdón. Pero antes, la penitencia y la humillación.

La historia nos cuenta que fue sólo después de esto que San Gregorio VII admitió a Enrique IV y, habiendo éste pedido perdón con toda humildad, el Papa lo perdonó, lo reconcilió y lo dejó partir. Se rompió el centro que satanás había levantado contra el Papado. San Gregorio VII había conseguido una gran victoria.

¡Que la maldita revolución gnóstica e igualitaria sea castigada!

¿Cuál es la lección que sacamos? Es la de ser íntegros y firmes; del hombre que va hasta el fondo, hasta el fin de los principios, hasta las últimas consecuencias. Y que se enfrenta a cualquier adversario con rostro altivo y espada en mano, no contentándose con medios términos, con palabras vacías, ni con vanas esperanzas, sino al pie de la letra para exigir que se rompa el poder que

se levantó, y se anule el riesgo que se constituyó; solo entonces se tiene misericordia.

Porque la misericordia es admirable en la medida que llama al pecador al arrepentimiento y lo perdona. No sería admirable y no sería verdadera misericordia si fuese la paz con el pecador impenitente. Es necesario que el pecador se arrepienta sinceramente y pida perdón. Después de que deje de ser empedernido, será el turno de la misericordia, no antes.

Incluso después de pedir perdón, aún es necesario cumplir la penitencia. Es lo que nos enseña ese maravilloso entrecruzamiento de justicia y misericordia que es el Purgatorio. Almas de personas que fallecieron piadosamente en Jesucristo, murieron rezando, pidieron perdón por sus pecados y comparecieron delante de Dios. Sin embargo, innumerables almas son mandadas al purgatorio, ¿por qué? Porque es necesario expiar, pagar de alguna manera el mal hecho y el alma que se arrepiente quiere reparar ese mal practicado.

Así, en nuestra lucha debemos considerar los designios de la Providencia: desear con toda el alma que el adversario de la verdadera Iglesia Católica, Apostólica y Romana en nuestros días sea castigado: la maldita Revolución gnóstica e igualitaria. Pero que sea castigada incluso más de lo que fue el emperador Enrique IV, porque se atrevió a algo peor: trató de penetrar en el propio Santuario y transformarlo en baluarte de la Revolución. Devastó la tierra entera, y es necesario que el castigo sea proporcionado. ¡La Revolución en cuanto tal tiene que desaparecer!

Aquí está la lección del gran San Gregorio VII: en última instancia, llevar el bien, la verdad, la belleza y la fidelidad a la Iglesia hasta sus últimas consecuencias.



Enrique IV penitente en Canossa



San Gregorio VII concediendo el perdón a Enrique IV
Sala Regia, Palacio Apostólico Vaticano

Debemos prepararnos para la gran lucha que nos espera

Este Pontífice no vivió en la época de Carlomagno, en cuya espada estaban inscritas las palabras: “Defensor de los Diez Mandamientos”.

¡Qué cosa tan maravillosa! Sin embargo, San Gregorio VII fue el Carlomagno de la Iglesia Católica. La gloria carolingia de proporciones más angélicas que humanas, la Iglesia la vivió en tiempos de San Gregorio VII magníficamente.

Nosotros queremos la gloria de la Santa Iglesia porque deseamos la gloria de Dios, debemos pedirle a San Gregorio VII que haga volver a la tierra esos días de gloria. Por in-

tercesión suya, miremos a Nuestra Señora cuya mediación es omnipotente, pidiéndole que abrevie los tremendos días en que estamos; que haga que atravesemos valientemente todos los obstáculos que tenemos por delante y seamos capaces de la gran lucha que nos espera.

San Gregorio VII dijo: “Porque amé el bien y odié la iniquidad, por eso muero en el destierro”. Nosotros debemos afirmar: “Porque amamos el bien y odiamos la iniquidad, por eso vivimos en el destierro”. Nuestra vida es un largo exilio. Tuvimos que

exiliarnos de tantas cosas, de tantos ambientes, de tantas circunstancias; inosotros somos los exiliados! Pero qué hermoso exilio ése que nos reúne en el que tan puro sentimiento fraterno, tan hermosa conformidad de todos los espíritus y de todos los desig-nios, nos congrega en el mismo amor y por la misma causa.

Que el glorioso San Gregorio VII, muerto en el destierro, dé fuerza y valor a quien debe vivir y luego morir en el exilio. Así como también a aquellos destinados a que sus vidas sean cortadas durante los castigos profetizados en Fátima, para que mueran valientemente. Y los llamados a vivir en el Reino de María, vivan igualmente con coraje en esta idea: el exilio ha terminado, pero si aún hoy tuviera que exiliarme, repetiría el paso dado y me exiliaría de nuevo. No tengo apego ni al premio de mi victoria. He aquí nuestra petición a ese gran Santo, en el día que se conmemora su fiesta. ❖

(Tomado de conferencia del 25/5/1985)



Carlomagno - Estación
Ferroviaria de Metz, Francia

Flor y gloria de la Cristiandad – I

Todo el brillo que evoca la palabra “caballero” se refiere a una de las nociones fundamentales de la Civilización Cristiana. Aunque parezca que existe una incompatibilidad completa entre el católico y la guerra, el ejemplo de los Ángeles nos enseña que la fuerza ejercida por amor a Dios se torna sagrada.

Caballero
templario
Ponferrada,
España

No existe una fecha específica para indicar el fin de la Caballería de manera que se pueda decir: “La caballería murió en tal ocasión”. Así como los grandes crepúsculos no tienen un momento determinado para que se pueda afirmar que se hizo de noche, también la “puesta de sol” de la Caballería no se sabe bien cuándo se consumó.

Palabra que dignifica al hombre a quién se refiere

Entre tanto, allá por el siglo XVII ya no se podía propiamente hablar de esta institución. Había Órdenes que ya no tenían casi nada de la Caballería antigua. Poseían

meros recuerdos, era un título, pero la Caballería propiamente dicha había desaparecido.

Más de trescientos años después, ahora yo encuentro jóvenes que, al ser llamados “caballeros”, se sienten dignificados, inclusive sin conocer todo cuanto la palabra “caballero” significa.

Cuando se quiere elogiar a alguien que tuvo un comportamiento bonito, noble, abnegado, valiente, se dice: “¡Procediste como un caballero!” Habiendo entre dos hombres educados un altercado que se concluye de un modo distinguido y elegante, se afirma: “¡Terminó como una contienda de caballeros!” Por otro lado, al quejarse

contra alguien que le faltó al respeto, una señora podrá usar ésta fórmula: “¡Ud. no fue un caballero!”

Caballero es, por lo tanto, una palabra que circula por todas partes, pero cuyo sentido casi nadie sabe definir con exactitud.

El término sugiere la idea de alguien que monta a caballo. No obstante, cuando vemos, por ejemplo, algunos soldados de la Policía Militar a caballo haciendo la ronda del barrio, aunque sea esa una tarea digna, honesta, propia a despertar simpatía, ¿podemos decir que son caballeros? Ellos podrán hacer parte de una fuerza de caballería de la Policía Militar, pero la Caballería es otra cosa.

¿Qué viene a ser el caballero? ¿Qué quedó unido a esta palabra de modo que, inclusive sin saber definirla, todos reconocen en ella un cierto brillo, una cierta luz que dignifica al hombre a quién se refiere? Vale la pena examinar esto para que comprendamos una de las nociones fundamentales de la Civilización Cristiana, más o menos tan perdida en la mente del hombre contemporáneo como desaparecida está la propia idea de Civilización Cristiana.

Hay restos, aromas de la Civilización Cristiana en el mundo de hoy, como en un jarrón de donde fue retirada una rosa que estuvo allí durante algún tiempo: se saca la flor, queda el perfume. Así también, de la Civilización Cristiana en el mundo de hoy hay un resto de perfume, pero la rosa no está más presente.

El tipo más perfecto de caballero es el cruzado


Ahora, una de las palabras en las cuales se siente el perfume de la Civilización Cristiana es “caballero”. Él es una flor y una gloria de la Cristiandad. A tal punto que el término “caballero” tiene un nexo histórico y doctrinario muy merecido con la idea de Cruzada. Cuando se dice “fulano es un cruzado de tal ideal, o de tal causa”, se da a entender que es un hombre abnegado, heroico, valiente, dedicado, que no conoce obstáculos... en fin, un gran hombre.

Los cruzados no sólo son caballeros, sino que el tipo más perfecto de caballero es el cruzado. ¡Qué aroma misterioso y delicioso impregna esas palabras de manera a resistir hasta la polución de este fin de era histórica en que estamos viviendo!

Debemos considerar que al hablar de caballero nos referimos a alguien que realizó la más alta perfección de un cierto tipo de cualidades humanas. Un santo no es necesariamente un caballero, pero un caballero que lleve sus cualidades hasta el extremo se torna santo. Más aún: un santo colocado en las condiciones en que lucharon los caballeros, también se volvería un caballero.

El santo es el hombre que alcanzó su perfección, que fue llamado por Dios a un alto grado de virtud y correspondió enteramente, o de modo eximio, a ese llamado.

El caballero, a su vez, corresponde a una forma de perfección de que debe ser capaz todo hombre colocado



Los cruzados agradecen a los Cielos por su victoria en la toma de Jerusalén
Palacio de Versalles, Francia



LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

en condiciones de luchar. El verdadero católico, impelido por las circunstancias a combatir, se torna caballero.

Por lo tanto, el caballero es el católico en lucha. Es una forma de excelencia y de perfección que se nota en el católico cuando las condiciones de vida, del embate entre el bien y el mal, lo colocan en el caso de batallar. Ahí estará el católico emitiendo un particular brillo de su alma. Ese brillo es el espíritu de la Caballería.

Entre los ángeles reinaba una armonía perfectísima

Para que tengamos una idea exacta de la Caballería, regresemos a lo que podríamos llamar la primera mañana de la Creación. Dios creó los ángeles, puros espíritus; los hombres compuestos de espíritu y materia, teniendo un cuerpo perecedero en el cual están presentes las naturalezas animal, vegetal y mineral; los animales, los vegetales y los minerales. Ese es el cuadro general de la creación que, tomada en su todo, tuvo su primera mañana en el momento en que Dios creó los ángeles.

Podemos imaginar la creación de los ángeles simultánea, de manera que todos desde el primer instante de su existencia comenzaron a brillar, conocer, adorar a Dios, y a cantar sus glorias.

También inmediatamente pasan a conocerse unos a otros y a relacionarse de un modo armónico, en coros que cantan la gloria de su Creador. Entre ellos reina una armonía perfectísima porque están todos vueltos hacia Dios.

Esa armonía tiene el esplendor de la paz, que San Agustín definió tan magníficamente como siendo la tranquilidad en el orden.

Hay formas de desorden que dan la impresión de paz. En un charco, por ejemplo, con agua estancada, en el cual nada sucede, nada se mueve, hay una tranquilidad, mas



Adoración de los Ángeles – Capilla de los Reyes Magos, Florencia, Italia

no oriunda del orden. Hay cualquier cosa que propicia la podredumbre, la degeneración, la degradación, que preanuncia el desorden. Eso no es paz.

Entre los ángeles, al contrario, por estar todos ordenados en función de la voluntad y de la gloria divinas, había la permuta armoniosa de buenos oficios para adorar juntos a Dios.

¡Quién introdujese en el Cielo cualquier semilla de desorden, un espíritu malo que intentase provocar una intriga entre dos ángeles, instigando el amor propio de uno contra otro para producir una complicación allí dentro, nosotros lo llamaríamos bandido! Porque iba a perturbar la tranquilidad del orden, el esplendor del Reino de Dios sobre todas aquellas criaturas.

Con mayor razón aún, si un puro espíritu sacase una espada – para usar un lenguaje metafórico, pues un án-



Godofredo de Bouillon – Iglesia de la Corte, Innsbruck, Austria



gel no tiene cuerpo – y comenzase a agredir a otro, nosotros lo consideraríamos demonio. ¿Por qué él va a afectar y herir a otro, colocarlo en desorden y provocar eferescencia de odio? ¿Colocar el tumulto, las incertidumbres y las angustias de las guerras donde debería haber apenas la seguridad espléndida y diáfana de un futuro que nada perturbaría?

Quién hiciese eso practicaría una acción muy mala. En ella podemos ver lo que hay de substancialmente malo en la violencia, la cual, de sí, considerada sin las circunstancias que la expliquen, es un acto feo que mancha con su propia fealdad a quién lo practica. El violento queda repugnante. No hay peor ultraje contra alguien que decir: “Tiene cara de asesino”. Es una cosa horrorosa...

Se diría, pues, que existe una incompatibilidad completa entre el católico y la guerra, porque él es miembro del Cuerpo Místico de Cristo; en él está presente, por la gracia, la propia vida de Dios, es un templo del Espíritu Santo, fue redimido por la Sangre infinitamente precio-

sa de Nuestro Señor Jesucristo, teniendo por Corredentora a Nuestra Señora, con sus lágrimas indeciblemente preciosas. ¡El católico es un hijo del orden, de la tranquilidad, es la sede de la paz!

¿Cómo podemos imaginar un hombre en esas condiciones que prepara para sí un arma con la intención de verter sangre ajena y, cuando el arma está lista, procura a quién matar? Él desea tanto matar que hasta expone su vida para ese efecto, porque tiene odio, quiere ver sangre derramada y gente muerta por su diestra. ¿Ese es un católico, un templo del Espíritu Santo, un miembro de Aquel que dijo: “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón...”? ¿El contraste no es lo más abrupto posible?

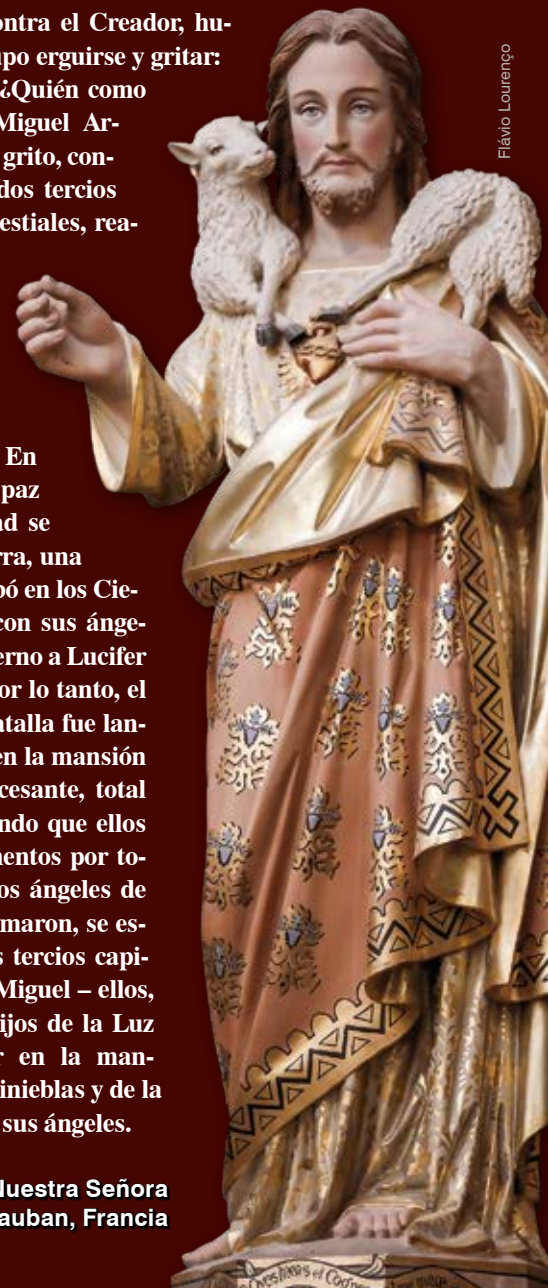
Una gran batalla se trabó en los Cielos

Sin embargo, cuando Lucifer se levantó contra Dios y arrastró con su rebelión a una tercera parte de los espíritus celestiales, provocando una Revolución en el Cielo contra el Creador; hubo un Ángel que supo erguirse y gritar:

“¿Quis ut Deus? – ¿Quién como Dios?”

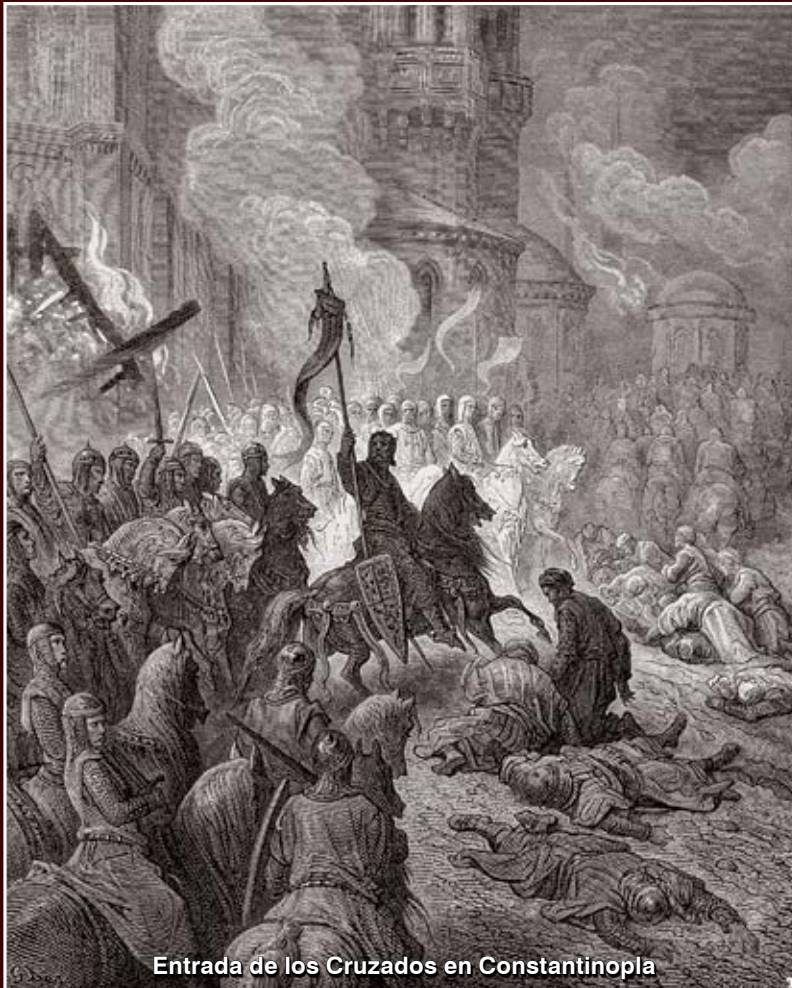
Fue San Miguel Arcángel que, con ese grito, convocó a la lucha a dos tercios de los espíritus celestiales, realizando lo que dice la Escritura: “*Proelium magnum factum est in coelis*”, una gran batalla de desató en los cielos. En la mansión de la paz y de la tranquilidad se

hizo una gran guerra, una gran batalla se trabó en los Cielos y San Miguel con sus ángeles lanzaron al infierno a Lucifer y a sus secuaces. Por lo tanto, el resultado de esa batalla fue lanzar a los vencidos en la mansión de la desgracia incesante, total e inexpiable, sabiendo que ellos tendrían esos tormentos por toda la eternidad. Los ángeles de paz, que antes se amaron, se escindieron y los dos tercios capitaneados por San Miguel – ellos, los pacíficos, los hijos de la Luz – quisieron arrojar en la mansión eterna de las tinieblas y de la muerte a satanás y sus ángeles.





Gustave Doré (CC3.0)



Entrada de los Cruzados en Constantinopla

Usando siempre un lenguaje metafórico, imaginemos la escena. San Miguel se levanta indignado, esplendoroso, y grita con una voz de trompeta que cubre, de punta a punta, las inmensidades celestiales: “¿Quis ut Deus?” De un lado, muchos Ángeles se entusiasman y adhieren a él, constituyendo las gloriosas huestes celestiales. Pero del otro lado – donde tal vez hubiese antes un esplendor mayor, pues los partidarios eran capitaneados por el más perfecto de los entes angelicales, aquel que traía consigo la luz, otrora la alegría del reino celestial, reflejando a Dios para los otros ángeles – se encuentra Lucifer, horrible, rojo de odio y cólera. Todas las pasiones indignas se manifiestan en él; está lleno de envidia y de todos los otros pecados capitales, en la medida en que pueden estar en un ángel. El espíritu rebelde se encuentra ahora bullicioso de odio contra aquel Dios a quién él miraba con amor.

¡La luz de las huestes de San Miguel avanza y la batalla comienza! ¿Cómo habrá sido ese embate? ¿Cómo pueden puros espíritus, que no tienen cuerpo, combatir entre sí?

El hecho concreto es que hubo tres transformaciones a partir de la rebelión de Lucifer. Primera: él y sus secuaces se tornaron execrables y repugnantes. Segunda:

aquellos ángeles que eran de paz, de cordura, mudaron en los mayores guerreros que se pueda imaginar. Tercera: la mansión de la paz se transformó en un terrible campo de batalla.

La fuerza ejercida contra los malos por amor de Dios se torna sagrada

A partir de ese momento, la violencia se nos aparece bajo otro color. Si es verdad que, considerada en la simplicidad de su figura primera, ella es repugnante, cuando vemos que tiene origen en la oposición a un ángel que se volvió pésimo al rebelarse, intentando él mismo violencia contra el Creador, declarando – “*non serviam – no serviré a Dios*”, entonces el uso de la violencia pasa a tener una belleza especial.

Dios es supremo y absoluto, todos los derechos valen en la medida en que lo sirven. A partir del momento en que esos ángeles se rebelaron contra Él, oponiéndose a todo el derecho, todo orden y a toda ley, perdieron el derecho de estar en el Cielo, y el único lugar proporcionado para ellos era el Infierno. Resultado: se volvió necesario arrojarlos allí. La guerra surge, así, como un santo y glorioso deber.

El empleo de la fuerza, que parecería tan contrario a la convivencia entre los espíritus celestiales, pasa a tener un esplendor peculiar: es el amor a Dios en cuanto rechazando el mal y derrumbando en el Infierno a quién es contra Él.

Como nada puede tornar el espíritu humano tan apreciable y venerable cuanto el amor de Dios, así también la fuerza ejercida por amor a Él, llegando inclusive a la agresión, cuando está destinada a la defensa de la gloria Divina, se torna sagrada y resplandece con un brillo especial.

De allí viene la noción del hombre completo. Si le fue dada la ocasión de atacar el mal y no lo hizo, puede ser que no haya desarrollado su fuerza de alma como era necesario. Así, entre dos hombres muy virtuosos, uno de los cuales luchó poco en la vida, en cuanto el otro de punta a punta de su existencia fue un guerrero, ¿cuál es aquel cuya personalidad podemos apreciar mejor? Evidentemente es aquel que, además de haber sido todo lo que el otro fue, aún combatió. ❖

(Continúa en el próximo número)

(Extraído de conferencia del 26/5/1984)



San Miguel Arcángel
venciendo al demonio - Museo
del Prado, Madrid, España



Flávio Lourenço

La Virgen con el Niño – Museo Lázaro Galdiano, Madrid, España

La Virgen que trae consigo a la Santísima Trinidad

María Santísima es el templo de la Santísima Trinidad: trae consigo al Divino Paráclito; como Madre del Verbo encarnado, lleva consigo a Nuestro Señor Jesucristo; Hija del Padre Eterno, tiene consigo a Dios Padre. Pidamos, pues, a Nuestra Señora que haga germinar en nosotros el amor a la Santísima Trinidad. Y que Ella, la Virgen de las vírgenes, inocentísima, pero por la cual pasaron todas las gracias de arrepentimiento que llenaron y llenarán hasta el fin del mundo la faz de la Tierra, nos conceda un perfecto espíritu de contrición.

(Extraído de conferencia del 21/12/1968)